EL ARTE EN ESPAÑA

BAJO EL PATRONATO DE LA COMISARÍA REGIA
DEL TURISMO Y CULTURA ARTÍSTICA

MUSEO DE PINTURAS DE SEVILLA

Cuarenta y ocho ilustraciones con texto de

José Gestoso y Pérez
Profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla



HIJOS DE J. THOMAS
C. MALLORCA, 291 - BARCELONA



MUSEO DE PINTURAS DE SEVILLA

TUVO su origen a consecuencia de la R. O. de supresión de conventos, de 25 de Julio de 1835, por la cual, en 29 de los mismos, fué creada una Junta compuesta de las personas más entendidas en Bellas Artes, que entonces florecían en Sevilla, la cual recibió el encargo de reunir las obras artísticas procedentes de aquellos, que por primera providencia, y por falta de local a propósito, fueron depositadas en la Catedral, por la diligencia y el interés del Dean D. Manuel López Cepero, Presidente de la mencionada Junta, de la que formaron parte los pintores D. Antonio Cabral Bejarano, don Antonio María Esquivel y D. José Roldán, con otros significados particulares. Las gestiones de tan entusiastas patricios obtuvieron otra R. O. de 16 de Septiembre del citado año, creando un Museo de Pinturas y cediendo para su instalación varios edificios, en defecto unos de otros, los cuales, como no reuniesen las apetecidas condiciones, fueron desechados por la Junta, que al cabo obtuvo la cesión del exconvento de religiosos de la Merced, que es el ocupado actualmente. De las Actas de la Real Academia de Bellas Artes consta: que en 7 de Octubre de 1839 habia ya el Gobierno concedido el mencionado edificio; que en Septiembre de 1840 iban ya muy adelantadas las obras que hubo que hacer en él, y que ya al siguiente fueron trasladados definitivamente los cuadros, al local en que hoy se encuentran.

Creada nuestra Real Academia de Bellas Artes por R. D. de 31 de Octubre de 1841 púsose al Museo bajo su inmediata custodia, y si bien dicha Corporación en todos tiempos ha demostrado su celo en el cumplimiento de sus deberes, lo ha hecho muy singularmente, en el último tercio del siglo XIX, y más todavía en nuestros días, pues en ellos se han efectuado importantes reformas en el local, que ha sido ampliado considerablemente, aumentándose también el número de las obras artísticas antiguas y modernas hasta llegar a reunir las que en la actualidad lo constituyen, y que le hacen ser considerado como el segundo de la Nación. Merecen citarse entre las primeras, las interesantísimas muestras de azulejería sevillana de los siglos XV y XVI que adornan el zaguán, vestíbulo y galerías de entrada, hasta el Salón de Murillo, notables ejemplares en su género, por la artística variedad de sus dibujos y ejecución esmeradísima, los cuales en conjunto forman una colección, que justamente despierta el interés de los visitantes ilustrados; y no debemos omitir en este lugar la mención de la notable pila bautismal de barro cocido y vidriado de verde, instalada en el segundo patio, obra trianera del siglo XV.

Proceden los referidos azulejos de los conventos y templos suprimidos y derribados en 1835 y en 1869. En cuanto a la ampliación del edificio, ha sido muy considerable la obtenida, pues comprende, además del dicho patio segundo, los salones destinados a las obras de Juan de Valdés Leal y de Francisco Pacheco, cuyo espacioso local, estuvo ocupado, desde 1874 hasta 1903, por la Escuela Normal de Maestros, mejora realizada por el singular celo del Académico y diputado provincial, Ilmo. señor don Adolfo Rodríguez y Jurado, con la cooperación de los Excmos. señores don Fernando de Checa y Conde de Urbina y don José Benjumea y Jayas, Presidentes de la misma Corporación provincial, los cuales facilitaron todo género de recursos para adornar las galerías de dicho patio con los hermosos zócalos de azulejos modernos, imitación de los antiguos, que las revisten y para otras importantes reformas. En cuanto a los valiosos aumentos que ha tenido el Museo, merecen particular mención las tablas de un *primitivo*, anónimo del siglo XV, pertenecientes al Capítulo de Caballeros de

las Ordenes Militares, depositadas en la Sala de Juntas de la Academia, por disposición de S. M. el Rey, en 1908, las cuales, con otros ejemplares antiguos de mucho interés para el estudio de la pintura sevillana, son las primeras páginas de nuestra historia. Lucen también en el salón de Murillo un hermoso lienzo de Roelas, que representa el «Tránsito de San Hermenegildo», recientemente trasladado de la capilla del Hospital Central, y dos retratos, donados por S. A. R., doña M.ª Luisa Fernanda, pintado uno por el Greco y otro por Diego López, artista sevillano del siglo XVII, del cual no se conoce más obra que ésta. En cuanto a las de maestros contemporáneos, se ha enriquecido el Museo con varias, firmadas por Valeriano Becquer, García Ramos, Vega, Eduardo Cano, Beruete y Maureta, que con los notables lienzos de otros pintores que desde hace tiempo poseía, componen al presente una importante colección por su número y por su mérito.

Las producciones de los grandes artistas que enaltecieron nuestra Escuela, Roelas, Zurbarán, Murillo, Herrera el Viejo y Juan de Valdés Leal, algunos de ellos todavía injustamente desdeñados, constituyen el tesoro de joyas pictóricas más importante del Museo y puede asegurarse que, para apreciar los altos vuelos artísticos de cada uno de ellos, es indispensable visitar la pinacoteca sevillana.

El licenciado y clérigo Juan de las Roelas, debe cronológicamente ocupar el primer lugar, pues nació en esta ciudad por los años de 1558 y murió en el de 1625. Es indudable, como lo acreditan sus cuadros, o que estuvo en Italia, o que en Madrid estudió con el mayor ahinco a los maestros venecianos. Consérvanse en este Museo entre otros, dos cuadros, especialmente, que le acreditan de gran pintor, el «Martirio de San Andrés» y el «Tránsito de San Hermenegildo». Muy hábil en la composición y en el dibujo, brillantísimo en el color, debió encantar con su mágico atractivo a sus contemporáneos, desacostumbrados a ver pinturas tan vigorosas, de gama tan riquísima, tan finas y transparentes, como tampoco los primores de ejecución que se advierten en algunos detalles del cuadro primero citado, así como tampoco, pinceladas tan valientes, ni de más franca ejecución, que las que empleara en el segundo

lienzo mencionado. Roelas, por decirlo así, preparó el camino, Zurbarán; que más observador del natural y más varonil, dió vida a las creaciones admirables, que en número de 22 cuadros, en su mayoría de relevante mérito, enriquecen nuestro Museo y constituyen con los del monasterio de Guadalupe, el sólido fundamento de su fama, la cual cada vez adquiriendo mayor realce, a medida que la crítica analiza, estudia y quilata sus excepcionales cualidades, dándole puesto entre los *dioses mayores* que constituyen el mundo del arte. Todo en Zurbarán acredita la alteza de su genio grandioso, de su inspiración soberana; manifiéstase generalmente como el artista de más empuje, el más realista, el más firme en el dibujo de todos los sevillanos, al par que revela las exquisiteces e inefables dulzuras de un espíritu místico, alimentado por su fé profunda en obras tan admirables como algunos de sus Crucifijos y en la estupenda imagen del Beato Enrique Suzon, obra de un piadoso realismo que no reconoce rival. Muchos de sus cuadros tienen tal fuerza de color, con tal maestría usa del claro-oscuro, que dominó a maravilla, y de tal modo desarrolló su técnica, que el mismo Príncipe de los pintores españoles no se habría desdeñado de firmar algunos de los cuadros del pintor extremeño. El colosal lienzo de «La Apoteosis de Santo Tomás de Aquino» es la confirmación más evidente del juicio que acabamos de sentar, que bien puede hacerse extensivo al que representa «La Conferencia de San Bruno con el Pontífice Urbano II» y a los de «Jesús coronando a San José, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja, San Gregorio y San Carmelo», obras en que demuestra su singular pericia, con la cual atendía lo mismo a los accesorios que a lo principal; dígalo si no la capa pluvial de San Gregorio en la que no cabe mayor realismo.

Del insigne *Pintor del Cielo*, Bartolomé Esteban Murillo, tan injustamente desconsiderado por algunos críticos contemporáneos más amigos de decir originalidades que de respetar los fueros de la Justicia, bastará decir, que posee el Museo 24 lienzos de tan subido mérito artístico, como son los de la «Visión de San Francisco», «Santo Tomás de Villanueva», «Santas Justa y Rufina», «San Leandro y San Buenaventura», «San Antonio de Padua», «San Félix de Cantalicio», «San José» y «San Juan Bautista», con varias

de sus inimitables Concepciones, entre las que descuella la de tamaño colosal, vulgarmente conocida por *la grande* y la bellísima «Virgen con el Niño», denominada de *la Servilleta,* obra tan castizamente sevillana, que encarna, por decirlo así, el espíritu popular y religioso de esta tierra. Proceden la mayor parte de estos cuadros de la mejor época del artista; cuando había llegado a la plenitud de sus facultades: púsose entonces al servicio de los P.P. Capuchinos de esta ciudad, por quienes demostró siempre gran predilección, y fueron destinados a enriquecer la que es hoy pobre iglesia, para lo cual residió con los austeros religiosos durante el tiempo que estuvo ocupado en el desempeño de su cometido por los años de 1665 a 1668.

El ferviente culto que rindió al arte el gran maestro sevillano, hubo también de demostrarlo con la fundación de una Academia que sirviese de enseñanza a los artistas sus contemporáneos, para cuyo fin concedió el monarca unos salones bajos de la monumental Casa Lonja; teniendo el ilustre fundador la complacencia de presidir la primera Junta, el 11 de Enero de 1660, y a la que pertenecieron los numerosos artistas y aficionados que a la sazón florecían en la ciudad.

Todavía más desafortunado que Zurbarán para con la posteridad, lo ha sido otro ilustre pintor su contemporáneo, Francisco de Herrera *el Viejo,* apenas conocido en España y muy poco o nada en el extranjero. Que fué un pintor genial, de muy altos vuelos, con caracteres propios, conocedor de la técnica como el que más; que manejó los pinceles magistralmente, son conceptos que se revelan en todas sus obras y que confirman, especialmente, las que posee nuestro Museo. El lienzo de la «Apoteosis de San Hermenegildo» es indudablemente una obra de gran mérito por su composición, factura y fuerza de colorido, bastando ella sola para que el nombre de su autor sea incluído entre los que hemos llamado *dioses mayores.* Cierra, con llave de oro por cierto, el brillante período de nuestra Escuela pictórica del siglo XVII, otro genio, también desconocido para muchos, y torpemente juzgado por algunos críticos, al cual parece que ha llegado ya la hora de la gloriosa rehabilitación de su nombre. A Juan de Valdés Leal, pintor tan fecundo como

de singular talento, que no obstante las escaseces que le cercaron en vida, tuvo arranques y bríos bastantes para producir numerosas e importantes obras dejando a la posteridad una brillante estela de su mérito al cual le ha dedicado un salón especial la Academia Sevillana de Bellas Artes, en la que han sido instalados 23 lienzos, muchos de ellos de singular importancia. Entre dichos lienzos los que representan a un Monje Jerónimo (n.° 156 del catálogo), a Fray Gonzalo de Illescas y Fray Pedro de Cabañuelas; los de «Las Tentaciones» y «La Flagelación por los Angeles», del Santo Doctor y los de «La Ascensión», «La Concepción» y «La Virgen dirigiéndose al Calvario», con alguno de los de la vida de San Ignacio, constituyen la brillante ejecutoria de aquel genio artístico tan desordenado como impetuoso, tan varonil en ocasiones como sencillo y expresivo en otras, que si unas veces se cuidaba de los pormenores ejecutándolos magistralmente, descuidaba otras partes esenciales, llegando a censurables ligerezas, que bien pueden perdonársele en gracia de tantos innumerables arranques de su genio, el cual alcanzó toda su plenitud en los famosos cuadros de «Las Postrimerías» existentes en la Capilla del Hospital de la Caridad.

Muerto Valdés en 1690, el genio de la pintura sevillana se extingue; y el arte cae en fatal postración, que se evidencia cada vez más y más, durante todo el siglo xviii, hasta algo después de la primera mitad del xix; pues, si bien Juan de Espinal nos da a conocer en sus obras recomendables aptitudes, no pudo sustraerse al influjo del exótico barroquismo francés, y los revueltos paños de sus figuras y las actitudes teatrales y forzadas de las mismas, con la sequedad de su colorido, nos lo acreditan de un pintor amanerado y decadente.

Por estos mismos tiempos un ilustre prócer, don Francisco de Bruna y Ahumada, al que justamente podemos llamar representante de la cultura sevillana en su época, trató de reanimar las tradiciones de la Academia que Murillo fundara, estableciendo un centro docente para pintores, escultores y grabadores, que no hicieron más que copiar defectuosamente a aquel gran maestro.

Faltos de inspiración y de directores capaces y entusiastas, los nobles esfuerzos del preclaro varón estrelláronse contra la general

incultura de su época, y de la nueva Academia no salieron más que pobres medianías cuyas obras no tienen otro interés más que el de confirmar la triste póstración del arte como resultado natural de la decadencia de la patria.

Tales son las más importantes colecciones de cuadros que forman el Museo de Sevilla; pero, además, contiene número considerable de obras de verdadero mérito, de pintores nacionales y extranjeros, como Cristóbal de Morales, Francisco Pacheco, Ildefonso Vázquez, Francisco Varela, Pablo de Céspedes, Juan del Castillo, los hermanos Polancos, Sebastián Gómez *el Mulato*, Meneses Osorio, Uceda Castroverde, Núñez de Villavicencio, Matías de Arteaga, Clemente de Torres y Lucas Valdés, con otros francamente decadentistas de esta Escuela, citando entre los extranjeros los interesantes cuadros de Frutet (¿Franz Floris?) y de los flamencos Martin de Vos y Cornelio Schut.

Las obras de los artistas contemporáneos ocupan un gran salón, y en ellos aparecen las firmas de Abarzuza, Alcazar Tejedor, Arpa, Beruete, Bilbao, Eduardo Cano, los Becquer (José, Joaquín y Valeriano), Garcia Ramos, Gessa, Hernández Nájera, Ricardo de Madrazo, Martínez Cubells (Salvador), Manuel Ramírez, Mattoni, Morera, Rico (Martin), Rico Cejudo, Muñoz Degrain, Narbona, Sánchez Perrier, Rosendo Fernández Verado, Alejo Vera, Francisco Vega, Parladé (Conde de Aguiar), etc., etc.

Pocas son las obras escultóricas antiguas que contiene el Museo sevillano, pero algunas de ellas de excepcional interés, como la famosa imagen de San Jerónimo penitente, que ejecutó en barro el gran maestro florentino Pedro Torriggiano, para el monasterio dedicado al mismo santo, cuyas monumentales ruinas existen en las cercanías de esta ciudad; ejemplar admirable, de un grandioso realismo y de sublime expresión. El estudio anatómico de esta figura es tan acabado que no cabe mayor perfección.

Del no menos famoso maestro alcalareño, Juan Martinez Montañés, poseemos varias esculturas de singular mérito, como son las severas y místicas de San Bruno, de Santo Domingo de Guzmán, penitente, y las bellísimas y delicadas de la Virgen de las Cuevas y de San Juan Bautista joven, notables ciertamente; cuyo realismo

aumenta la perfecta y justa encarnación y el primor de su estofado. Ambas pueden ofrecerse como modelos de la escultura policroma española del siglo XVI-XVII.

De un Solis, del cual sólo sabemos que fué discípulo de Montañés, y artista meritísimo, se custodian en el Museo cuatro pequeñas figuras, que debieron haber servido de acróteras en un retablo, y que representan la Justicia, la Fortaleza, ¿la Juventud y la Vejez? las cuales bastan para otorgar a su autor señalado puesto entre los grandes maestros. Finalmente, de los escultores contemporáneos, también figuran en varias partes del edificio obras de Marinas, Coullaut Valera, Bilbao, Susillo y otros.

J. GESTOSO Y PÉREZ



MUSÉE DE PEINTURES DE SÉVILLE

Traduit par M. Pierre Paris,
Directeur de l'Ecole de Hautes Etudes Hispaniques.

IL dut son origine à l'Ordre Royal, du 25 Juillet 1835, qui supprima les convents; le 29 du même mois fut créée une commission composée des personnes les plus compétentes en matière de Beaux-Arts, florissants alors à Séville, qui fut chargée de réunir les œuvres artistiques provenant de ces maisons. Provisoirement, et faute de local approprié, ces œuvres furent déposées à la Cathédrale, par les soins intéressés du Doyen D. Manuel López Cepero, Président de cette commission dont faisaient partie les peintres Don Antonio Cabral Bejarano, Don Antonio María Esquivel et Don José Roldan, avec d'autres personnages qualitiés. Les démarches de ces enthousiastes patriciens obtinrent un autre Ordre Royal du 16 Septembre de la même année créant un Musée de peintures, et concédant pour l'y organiser divers édifices, au défaut l'un de l'autre; mais comme ceux-ci ne réunissaient pas les conditions désirées, ils furent refusés par la Commission qui enfin obtint la concession de l'ancien couvent des religieuses de la Merci, où le Musée est installé actuellement. Des Actes de l'Académie Royale des Beaux-Arts il appert: que le 7 Octobre 1839 le gouvernement avait déjà concédé l'édifice, qu'en Septembre de 1840 les travaux que l'on dut y faire étaient fort avancés, et que le mois suivant les tableaux

furent définitivement transportés dans les locaux qu'ils occupent encore.

Quand notre Académie Royale des Beaux-Arts fut fondée par Décret Royal du 31 Octobre 1841, le Musée fut placé sous sa surveillance immédiate, et si cette Compagnie a toujors montré un grand zèle dans l'accomplissement de ses devoirs, elle l'a fait très particulièrement dans le dernier tiers du XIXe siècle, et mieux encore de nos jours, car on vient d'effectuer d'importantes réformes dans le local, qui a été considérablement amplifié, tandis que le nombre des œuvres anciennes et modernes augmentait au point que la collection est considérée comme la seconde d'Espagne. Il y a lieu de citer en premier lieu les très intéressants exemplaires de carreaux de faience sévillane (azulejos) des XVe et XVIe siècles qui ornent le vestibule et les galeries d'entrée jusqu'à la salle de Murillo, spécimens du genre remarquables pour l'artistique variété des dessins et le soigné de l'exécution, et dont l'ensemble forme une collection qui excite justement l'intérêt des visiteurs éclairés. Nous ne devons pas oublier ici la mention de l'importante cuve baptismale en terre-cuite émaillée de vert installée dans le second patio, qui fut fabriquée à Triana au XVe siècle.

Ces azulejos proviennent des couvents et chapelles supprimés ou détruits en 1835 et en 1869. Quant à l'agrandissement de l'édifice, il a été considérable, puisqu'il comprend, outre le second patio déjà mentionné, les salles destinées aux œuvres de Juan de Valdés Leal et de Francisco Pacheco, vaste local occupé de 1874 à 1903 par l'Ecole Normale primaire; cette amélioration est due au zèle singulier de l'Académicien et Conseiller général Ilmo. señor don Adolfo Rodríguez y Jurado, avec la coopération des Excmos. señores don Fernando de Checa et Conde de Urbina et don José Benjumea y Jayas, Présidents de la même assemblée provinciale, qui procurèrent toute sorte de ressources pour arriver à orner les galeries du patio des belles plinthes d'azulejos modernes, imitations des anciens, qui les revêtent, et opérer d'autres importantes réparations. Quant aux précieux enrichissements du Musée, il faut mentionner spécialement les panneaux d'un primitif anonyme du XVe siècle, appartenant au Chapitre des Chevaliers des Ordres militaires,

et déposés dans la salle des Actes de l'Académie, par disposition de S. M. le Roi, en 1908. Avec d'autres œuvres primitives de beaucoup d'intérêt pour l'étude de la peinture sévillane, ils constituent les premières pages de notre histoire. Dans la Salle de Murillo brille aussi une belle toile de Roelas qui représente la «Mort de Saint Herménégilde», récemment apportée de la Chapelle de l'Hopital Central, et deux portraits, donnés par S. A. R. doña María-Luisa Fernanda, peints l'un par le Greco, l'autre par Diego López artiste sévillan du xvii[e] siècle, dont on ne connaît pas d'autre ouvrage. Quant aux maîtres modernes, le musée s'est enrichi de toiles signées par Valeriano Becquer, García et Ramos Vega, Eduardo Cano, Beruete y Maureta, qui, jointes aux œuvres remarquables d'autres peintres possédées depuis longtemps, forment à présent une collection importante par son nombre et son mérite.

Les productions des grands artistes qui firent la gloire de notre École, Roelas, Zurbarán, Murillo, Herrera le Vieux et Jean de Valdés Leal, dont plusieurs sont encore injustement dédaignés, constituent le trésor de joyaux de la peinture le plus important du Musée, et l'on peut assurer que pour apprécier les grands élans artistiques de ces maîtres il est indispensable de visiter la pinacothèque sévillane.

Le licencié et clerc Juan de las Roelas doit chronologiquement occuper la première place, puisqu'il naquit à Séville vers 1558, et y mourut en 1625. Il n'est pas douteux, comme le confirment ses tableaux, ou qu'il alla en Italie, ou qu'il étudia à Madrid avec la plus grande ardeur les maîtres vénitiens. On conserve au Musée, entre autres, deux tableaux qui le consacrent grand artiste, le «Martyre de Saint André» et la «Mort de Saint Herménégilde». Par la composition et le dessin très habiles, le coloris très brillant, l'artiste dut exercer sur ses contemporains un attrait magique, car ils n'étaient pas accoutumés à voir des peintures si vigoureuses, si riches de tons, si fines et transparentes, ni d'autre part les merveilles d'exécution que l'on remarque dans quelques détails du premier des tableaux cités, ni des coups de pinceau aussi hardis et aussi francs que ceux qu'il mit dans le second. Roelas, pour ainsi dire, prépara la voie à Zurbarán, plus fidèle observateur de la

nature et plus viril, dont les créations amirables, au nombre de 22, presque toutes de mérite exceptionnel, enrichissent notre musée, et constituent avec les tableaux du Monastère de Guadalupe le solide fondement d'une gloire croissant de jour en jour à mesure que la critique analyse, étudie et pèse les exceptionnelles qualités du peintre et lui donnent une place parmî les «dieux majeurs» qui forment le monde des arts. Tout, dans Zurbarán, affirme la hauteur de son génie magnifique, de son inspiration souveraine. Il se révèle généralement comme l'artiste le plus inspiré, le plus réaliste, et le plus ferme dessinateur de tous les sévillans, en même temps qu'il nous dévoile les exquises et ineffables douceurs d'un esprit mystique soutenu par une foi profonde dans des œuvres admirables comme quelquesuns de ses crucifix et l'étonnante image du bienheureux Enrique Suzon, tableau d'un pieux réalisme qui n'a pas été égalé. Beaucoup de ses peintures ont une telle force de couleur, il use du clair-obscur avec une telle maîtrise, le dominant à la pertection, et il pousse si loin sa technique que le Prince même des peintres espagnols n'aurait pas rougi de signer quelques unes des toiles de l'artiste d'Estrémadure. Le tableau colossal de «l'Apothéose de Saint-Thomas d'Aquin» est la confirmation la plus évidente du jugement que nous venons d'émettre, et l'on en peut dire autant de la «Conférence de Saint-Bruno avec le Pape Urbain II», de «Jésus couronnant Saint Joseph, Saint Ignace de Loyola et Saint François de Borgia, Saint Grégoire et Saint Carmel». Dans ces œuvres il démontre son habileté rare, qu'il étendait aussi bien aux àccessoires qu'aux figures principales. Voyez par exemple la chape pluviale de Saint Grégoire, que rien ne surpasse en réalisme.

Quant à l'illustre *peintre du Ciel,* Bartolome Esteban Murillo, si injustement déconsidéré par quelques critiques contemporains, plus désireux de dire des choses originales que de respecter les arrêts de la justice, il suffirait de dire que le Musée possède de lui 24 toiles d'une très haute valeur artistique, tels que la «Vision de Saint François», «Saint Thomas de Villanueva», «Sainte Juste et Sainte Rufine», «Saint Léandre et Saint Bonaventure», «Saint Antoine de Padoue», «Saint Philippe de Cantalice», «Saint Joseph» et «Saint Jean Baptiste», ainsi que plusieurs de ses inimitables Conceptions

parmi lesquelles se détachent la toile colossale vulgairement appelée la Grande Conception, et la très belle Vierge à l'Enfant dite *de la Servietle,* œuvre si purement sévillane qu'elle incarne, pour ainsi dire, l'esprit populaire et religieux de cette terre. La plupart de ces œuvres sont de la meilleure époque de l'artiste, alors qu'il était arrivé à la plénitude de son talent: il se mit alors au service des Pères Capucins de Séville, pour qui il eut toujours une grande prédilection, et ces tableaux étaient destinés à embellir ce qui n'est plus aujourd'hui qu'une pauvre église. A cet effet, il vécut avec les austères religieux tout le temps qu'il fut occupé à exécuter ce à quoi il s'était engagé, de 1665 à 1668.

Le grand maître sévillan put aussi montrer le culte qu'il rendait à l'art en fondant une Académie d'enseignement pour les artistes; à cette fin le roi lui concéda quelques salles basses de la Bourse monumentale. L'illustre fondateur daigna présider la première Commission, le 11 Janvier 1660, dont firent partie les nombreux artistes et amateurs qui florissaient alors dans la ville.

Encore plus mal partagé que Zurbarán en ce qui concerne la postérité, fut un autre illustre peintre son contemporain, Francisco de Herrera *le Vieux,* à peine connu en Espagne et très peu ou même point à l'étranger. Ce fut pourtant un peintre de génie, de haute envolée, original, connaisseur de la technique comme pas un; il mania le pinceau magistralement, et ce sont là des qualités dont témoignent toutes ses œuvres et que confirment particulièrement celles que possède notre Musée. La toile «l'Apothéose de Saint Herménégilde» est indubitablement une œuvre de grande valeur par sa composition, sa facture et la force de son coloris, et elle suffit à elle seule pour que le nom de son auteur soit parmi ceux des artistes que nous avons appelés les *dieux majeurs.* Celui qui ferma, avec une clef d'or assurément, la brillante période de notre École de peinture du xvii• siècle est un autre génie, inconnu lui aussi pour beaucoup, et maladroitement jugé par quelques critiques et pour lequel il parait qu'a sonné l'heure de la réhabilitation et de la gloire. Il s'agit de Juan de Valdés Leal, peintre fécond et de talent original, qui malgré les difficultés de sa vie, eut assez d'élan et de brio pour produire des œuvres nombreuses et importantes,

livrant à la postérité les éclatants témoignages de sa valeur. L'Académie des Beaux-Arts lui a consacré un salon spécial, où l'on a installé 23 de ses toiles, beaucoup de première importance. Parmi ces tableaux, ceux qui représentent un moine de l'ordre de Saint Jérôme (n.° 156 du catalogue), Frère Gonzalo de Illescas et Frère Pedro de Cabañuelas, ceux des «Tentations», et de la «Flagellation par les Anges», du Saint Docteur, ceux de «l'Ascension», la «Conception», et la «Vierge allant au Calvaire», quelques épisodes de la vie de Saint Ignace, constituent le brillant héritage de ce génie artistique désordonné et impétueux, aussi violent à l'occasion que simple et expressif parfois, qui, s'il se préoccupait souvent des détails et les rendait magistralement, négligeait par ailleurs des parties essentielles et se laissait aller à des faiblesses critiquables que l'on peut bien lui pardonner en faveur d'innombrables traits de son génie, qui éclate en toute sa plénitude dans les fameux tableaux des «Fins dernières» à la Chapelle de l'Hôpital de la Charité.

Valdés mort en 1690, le génie de la peinture sévillane s'éteint, et l'art tombe dans une torpeur fatale qui se manifeste de plus en plus durant tout le XVIIIe siècle jusqu'à un peu après la moitié du XIXe. Car, si Juan de Espinal a montré dans ses œuvres des aptitudes estimables, il ne put se soustraire à l'influence de l'exotique barroquisme français, et les vêtements à plis compliqués de ses personnages, leurs attitudes théatrales et forcées, joints à la sécheresse du coloris, en font un peintre maniéré et décadent.

Vers le même temps un seigneur illustre, don Francisco de Bruna y Ahumada, que nous pouvons justement appeler le réprésentant de la culture sévillane à son époque, essaya de ranimer les traditions de l'Académie de Murillo en établissant un centre d'enseignement pour les peintres, les sculpteurs et les graveurs; mais on ne fit qu'y copier maladroitement ce grand maître.

Faute d'une forte inspiration et de directeurs capables et enthousiastes les nobles efforts de cet homme insigne échouèrent contre le manque général de culture de son époque, et la nouvelle académie ne forma que de pauvres médiocrités dont les œuvres n'ont d'autre intérêt que celui de confirmer le triste marasme de l'art, conséquence naturelle de la décadence de la patrie.

Telles sont les plus importantes collections de tableaux qui forment le Musée de Séville; mais de plus il possède un nombre considérable d'œuvres de véritable mérite, de peintres nationaux et étrangers, comme Cristobal de Morales, Francisco Pacheco, Ildefonso Vázquez, Francisco Varela, Pablo de Céspedes, Juan del Castillo, les Frères Polancos, Sebastian Gómez *el Mulato* (le Mulâtre), Meneses Osorio, Uceda Castroverde, Nuñez de Villaricencio, Matías de Arteaga, Clemente de Torres et Lucas Valdés, et d'autres, franchement décadents, de la même école. Parmi les étrangers on peut citer les intéressantes œuvres de Frutet (¿Franz Floris?) et des flamands Martin de Vos et Corneille Schut.

Les œuvres des artistes contemporains occupent un grand salon, et l'on y trouve les signatures de Abarzuza, Alcazar Tejedor, Arpa, Beruete, Bilbao, Eduardo Cano, les Becquer (Jose, Joaquin et Valeriano), García Ramos, Gessa, Hernández Nájera, Ricardo de Madrazo, Martínez Cubells (Salvador), Manuel Ramirez, Mattoni, Morera, Rico (Martín), Rico Cejudo, Muñoz Degrain, Narbona, Sánchez Perrier, Rosendo Fernández Verado, Alejo Vera, Francisco Vega, Parladé (Conde de Aguiar), etc.

Les sculptures anciennes du Musée sont peu nombreuses, mais quelquesunes sont d'intérêt exceptionnel, comme la fameuse image de Saint Jérôme pénitent, qu'exécuta en terre-cuite le grand maître florentin Pietro Torriggiano pour le monastère consacré à ce saint, dont les ruines monumentales existent aux environs de Séville; c'est une œuvre admirable, d'un réalisme puissant et d'une expression sublime. L'étude anatomique de cette figure est aussi parfaite qu'elle peut l'être.

Du non moins fameux maître d'Alcalá, Juan Martinez Montañés, nous possédons diverses statues de grande valeur, comme celles de Saint Bruno, de Saint Dominique de Guzmán en pénitent, graves et mystiques, celles, fort belles et délicates, de la Vierge des Grottes et de Saint Jean Baptiste jeune. Le réalisme en est accru par la parfaite et juste coloration des chairs et la beauté des étoffes. Elles peuvent être présentées comme les modèles de la sculptpture polychrome espagnole du XVIe et du XVIIe siècles.

De Solis, de qui nous savons seulement qu'il fut disciple de

Montañés, et artiste de grand talent, on conserve au Musée quatre petites figures qui ont dû servir d'acrotères à un retable, et qui représentent la Justice, le Courage, la Jeunesse et la Vieillesse (?). Elles suffisent pour assigner à l'auteur un poste de choix parmi les grands maîtres. Enfin, pour les sculpteurs contemporains, on voit dans les diverses parties de l'édifice des œuvres de Marinas, Coullaut Valera, Bilbao, Susillo et d'autres encore.

J. Gestoso y Pérez.



MUSEUM OF PAINTING AT SEVILLE

Translated by Royalt Tyler,
Editor of the Spanish Calendars of State Papers,
Public Record Office, London.

THE Gallery originated in the Royal Order of July 25th 1835, which suppressed the convents and brought about on the 29th of the same month the creation of a Board composed of the most competent persons living in Seville at the time, who were directed to gather together works of art coming from religious houses. As a makeshift, for lack of a more suitable building, the pictures were first deposited in the cathedral where they were looked after by the Dean, Don Manuel López Cepero, Chairman of the Board, other members of which were the painters Don Antonio Cabral Bejarano, Don Antonio María Esquivel and Don José Roldán, together with other well known gentlemen. The efforts of the Board succeeded in obtaining a further Royal Order of September 16th of the same year creating a museum of painting and providing for the purpose a choice of buildings, all of which the Board refused as unsuitable until they eventually obtained the former convent of the Sisters of Mercy, where the museum is installed at present. The proceedings of the Royal Academy of Fine Arts record that on October 7th 1839, the Government had already turned over this building, that by September 1840 work was far

advanced and that in the following year the pictures were finally transferred to their present home.

When our Sevillian Royal Academy was created by a Royal Order of October 31st 1841, the museum was placed under its upervision. The Academy has always shown great zeal for its work, but especially during the last third of the xixth century and still more in our own day. The building has been greatly improved and enlarged, the number of works of art both ancient and modern has been increased until today the collection ranks as the second in the country. A word should be said about the most interesting examples of Sevillian tiles of the xvth and xvith centuries which adorn the entry, vestibule and galleries leading to the Murillo room, for they are excellent work of their kind, of a high order of achievement in design and execution, and form a collection which cannot fail to arouse the interest of every cultivated visitor. We must not omit to mention the fine baptismal font of green enamelled earthenware, made at Triana in the xvth century, which is to be seen in the second courtyard. The tiles come from convents and churches suppressed and demolished in 1835 and 1869.

The building was considerably enlarged, over and above the aforesaid second court, by the rooms destined to receive the works of Juan de Valdés Leal and of Francisco Pacheco, which were occupied from 1874 to 1903 by the Normal School for teachers. This improvement was carried out thanks to the zeal of an Academician, Don Adolfo Rodriguez y Jurado, with the help of Don Fernando de Checa, the Count of Urbina and Don José Benjumea y Jayas, chairmen of the Provincial Council, who made it possible to complete the decoration of the galleries surrounding this court with a wainscotting of modern tiles imitating the old ones, and introduced other important changes. Among the acquisitions made by the museum during this period, we must not forget the panels by an anonymous xvth century painter which fomerly belonged to the Chapter of Kinghts of the Military Order, and which His Majesty the King, in 1908, had placed in the Committee Room of the Academy, together with other most interesting early examples of our art. The Murillo Room has been enriched by a beautiful canvas

by Roelas, representing the «Passing of St. Hermenegild» which was resently removed from the Chapel of the Central Hospital, and by two portraits presented by Her Royal Highness Doña Maria Luisa Fernanda, one by el Greco and the other by Diego López, a Sevillian painter of the xvIIth. century, no other example of whose works is known. In addition, the museum has acquired a number of pictures by modern masters signed by Valeriano Becquer, Garcia and Ramos, Vega, Eduardo Cano, Beruete and Maureta, which together with those it formerly possessed give the museum a large and valuable collection.

The most precious part of the museum's possessions is undoubtedly the work of masters of the Sevillian school: Roelas, Zurbarán, Murillo, Herrera el Viejo and Juan de Valdés Leal, some of whom are still unjustly disdained. It is safe to say that the quality of these painters cannot be appreciated without visiting our museum.

The cleric Juan de las Roelas occupies the first place in point of time; he was born in Seville about 1558 and died in 1625. His painting clearly shows that he either lived in Italy or closely studied Venetian artists in Madrid. Two pictures in our museum, especially, entitle him to be called a great painter: the «Martyrdom of St. Andrew» and the «Passing of St. Hermenegild». He was skilful in composition and design and a brilliant colourist, and must have appeared a magician to his contemporaries, who were unaccustomed to such vigorous painting and such a rich and delicate scale of colour. The first of the two paintings mentioned shows prodigies of execution in certain details, and the second fine straightforward brushwork. Roelas it may be said prepared the way for Zurbarán, who, a closer observer of nature and a more masculine temperament, gave life to twenty-two pictures, most of them of high order of merit, which together with those possessed by the monastery of Guadalupe compose the solid foundation of the painter's fame, which the investigations of critics have gradually increased until this painter has taken his place as one of the chief glories of the world of art. Everything in Zurbarán shows the loftiness of his genius, of his inspiration. He stands out

as the most vigorous, the most realistic of Sevillians, the bets draftsman among all our painters, and at the same time as a mystical spirit of exquisite sweetness, nurtured by profound faith and moved by it to paint such works as his «Crucifixion» and his stupendous image of the Blessed Enrique Suzon, unrivalled in its realistic piety. Many of his paintings are so strong in colour, so masterly in chiaroscuro and so admirable in technique that the Prince of Spanish painters himself would not have disdained to sign some of the work of the man from Estremadura. The most striking confirmation of our opinion is to be found in his huge canvas «The Apotheosis of St. Thomas of Aquin» and it is further strengthened by the «Conference between St. Bruno and Pope Urban II» and «Jesus crowning St. Joseph, St. Ignatius of Loyola, St. Francis of Borja, St. Gregory and St. Carmelo». Here Zurbarán's skill is shown at its highest, in every detail as well as in the broad lines, for instance in the pluvial cope of St. Gregory, the realism of which cannot be surpassed.

Of Murillo, the «Painter of Paradise», so unjustly looked down upon by certain contemporary critics who are more concerned to appear original than to judge rightly, it will suffice to say that the Museum possesses 24 canvasses of great merit, such as the «Vision of St. Francis», «St. Thomas of Villanueva», «St. Justa and St. Rufina», «St. Leander and St. Buenaventura», «St. Anthony of Padua», «St. Felix of Cantalicio», «St. Joseph» and «St. John the Baptist», as well as several of his inimitable Immaculate Conceptions, among which stands out the huge one vulgarly known as *La Grande*, and the lovely «Virgin and Child» called «The Virgin with the Napkin», a thoroughly Sevillian picture redolent of the popular and religious spirit of Andalusia. Most of these pictures belong to the artist's best period, when he was in the fullest possession of his faculties. He then placed himself at the service of the Capuchin Fathers, to whom he was ever deeply attached; and the pictures he produced were intended for their church, now sunk into poverty. He lived with the austere Fathers during the three years, 1665 to 1668, which he spent executing the order they had given him.

The great Sevillian master's fervent love of art came out in his

foundation of an Academy for the training of contemporary artists; for which purpose the King granted some of the lower rooms in the huge Exchange building. The illustrious founder presided at the first meeting of this body, to which the numerous artists and patrons then living in Seville belonged, on January 11, 1660.

Another of Zurbarán's contemporaries, Francisco de Herrera, the Elder, has had even less luck with posterity, for he is little known in Spain, and still lessor not at all abroad. However, all his work shows that ho had genius and inspiration, and that he was a thorough master of technique. The pictures in our museum leave no doubt in the matter. The «Apotheosis of St. Hermenegild» is a superb composition, strong in workmanship and colour, and would suffice to give the painter a place among the major divinities of art.

The brilliant period of our xvIIth. century is closed, with a golden key to be sure, by another genius also unknown to many and misunderstood by certain critics, but the hour of whose triumph seems at last to have come. Juan de Valdés Leal was a prodigal and highly gifted painter, whom narrow circumstances did not hinder from bursting out into splendid creation and leaving to posterity work that has been judged worthy of a special room in the Seville Academy, where 23 paintings, some of them of great importance, have found a place. Among these pictures, a high order of achievement is represented by the «Jeronimite Monk» (N.° 156 of the catalogue), «Fray Gonzalo de Illescas», «Fray Pedro de Cabañuelas», «The Temptations», «The Flagellation by Angels», «The Ascension», «The Conception», «The Virgin on the way to Calvary» and some scenes from the life of St. Ignatius. A tumultuous genius he was, now sternly masculine, now simple and expressive, sometimes lingering over details and executing them with mastery while neglecting essentials and sometimes guilty of carelessness. These faults, however. may well be forgiven in a man who had fits of genius such as enabled him to paint his most famous works «The Last Things» to be seen in the Chapel of the Chari ty Hospital.

After Valdés's death in 1690 the flame of Sevillian painting was extinguished and art sank lower and lower throughout the

xviiith century and rather more than half of the xixth Juan de Espinal's work shows remarkable gifts, but the influence of the French fashion was too much for him; his complicated drapery and the theatrical artificiality of his poses, his dry colouring, show him to be an affected and decadent painter.

At about this time an illustrious representative of Sevillian culture, Don Francisco de Bruna y Ahumada, endeavoured to awaken the old tradition in the Academy founded by Murillo, and set up a school for painters, sculptors and engravers, who never went further than to make faulty copies of the master's work.

Uninspired and without capable and enthusiastic teachers, that generation failed to respond to the efforts of Don Francisco, and the new Academy produced nothing but mediocrities whose work has no other interest than to show that Spain's decadence had resulted in the decadence of Spanish art.

Such are the most important of the pictures possessed by the Seville Museum, but besides these there are many others of real merit by painters Spanish and foreign such as Cristobal de Morales, Francisco Pacheco, Ildefonso Vázquez, Francisco Varela, Pablo de Céspedes, Juan del Castillo, the Polancos brothers, Sebastian Gómez the Mulatto, Meneses Osorio, Uceda Castroverde, Núñez de Villavicencio, Matías de Arteaga, Clemente de Torres and Lucas Valdés, as well as other frankly decadent painters of of the same school. Among the foreigners we may mention the interesting work of Frutet (Franz Floris?) and the Flemings Martin de Vos and Cornelius Schut.

The works of contemporary painters occupy a large saloon. Among those represented are Abarzuza, Alcazar Tejedor, Arpa, Beruete, Bilbao, Eduardo Cano, José, Joaquin and Valeriano Becquer, García Ramos, Gessa, Hernández Nájera, Ricardo de Madrazo, Salvador Martínez Cubells, Manuel Ramírez, Mattoni, Morera, Martín Rico, Rico Cejudo, Muñoz Degrain, Narbona, Sánchez Perrier, Rosendo Fernández Verado, Alejo Vera, Francisco Vega, Parladé (Count of Aguiar), etc., etc.

The Seville Museum possesses little old sculpture, but does own a few pieces of very exceptional interest like the famous

Terracotta image of St. Jerome as a penitent, which the famous Florentine master Pietro Torriggiano executed for the monastery dedicated to that saint, the monumental ruins of which still exist near the city. This is an admirable example of Torriggiano's work, full of realism and expression, and an anotomical study of incomparable perfection.

We have several pieces by the no less famous Alcalá master Juan Martinez Montañés, such as the severe and mystical figures of St. Bruno; St. Dominic de Guzmán as a penitent, and the lovely ones of the Virgin of the Cave and the youthful St. John the Baptist, in which realism increases the value of the exquisite polychromy. The latter two may be cited as models of Spanish coloured sculpture of the XVI-XVIIth centuries.

The Museum also has four little figures by one Solis, about whom we only know that he was a pupil of Montañés and a good artist. They seem to have been intended to serve as adornments on a retablo, and represent Justice, Fortitude, Youth (?) and Age (?), and they are enough to secure a place among great artists for their maker. Finally, there are several pieces of sculpture in various parts of the building by the modern artists Marinas, Coullaut Valera, Bilbao, Susillo and others.

J. Gestoso y Pérez.



Anónimo. Santa Catalina. (Copia de una pintura mural de San Isidoro del Campo)

Anonyme. Sainte Catherine. (Copie d'une peinture murale de Saint-Isidore des Champs)

Anonymous. St. Catherine (copy of a mural painting at San Isidoro del Campo



Anónimo. San Sebastián. (Copia de una pintura mural de San Isidoro del Campo)

Anonyme. Saint-Sébastien. (Copie d'une peinture murale de Saint-Isidore des Champs)

Anonymous. St. Sebastian (copy of a mural painting at San Isidoro del Campo)



Anónimo. San Antón y San Cristóbal

Anonyme. Saint-Antoine et Saint-Christophe

Anonymous. St. Anthony and St. Christopher



Anónimo. Santa Catalina y San Sebastián

Anonyme. Sainte Catherine et Saint-Sébastien

Anonymous. St. Catherine and St. Sebastian



C. de Morales. Enterramiento del Señor

C. de Morales. Enterrement de N. Seigneur

C. de Morales. Burial of Our Lord



LICENCIADO JUAN ROELAS. LICENCIÉ JUAN ROELAS.
EL MARTIRIO DE SAN BARTOLOMÉ. LE MARTYRE DE SAINT-BARTHÉLEMY
THE LICENCIATE JUAN ROELAS. MARTYRDOM OF ST. BARTHOLOMEW



PACHECO. RETRATOS ORANTES DE DAMA Y CABALLERO

PACHECO. PORTRAITS D'UN SEIGNEUR ET D'UNE DAME EN PRIÈRES

PACHECO. PRAYING FIGURES OF A LADY AND A KNIGHT



Pacheco. San Pedro Nolasco embarcándose para redimir cautivos

Pacheco. Saint-Pierre Nolasque s'embarquant pour racheter des captifs

Pacheco. St. Peter Nolasco taking ship to go and free captives



Juan del Castillo.
Asunción de la Virgen

Juan del Castillo.
Assomption de la Vierge

Juan del Castillo. Assumption of the Virgin



Zurbarán. Cristo

Zurbaran. Christ

Zurbaran. Christ



Zurbarán. San Gregorio Zurbaran. Saint-Grégoire
Zurbaran. St. Gregory



Polancos. San Mateo — Polancos. Saint Mathieu

Polancos. St. Matthew



Valdés Leal.
Fr. Fernando Yáñez

Valdés Leal.
Fr. Fernando Yáñez

Valdés Leal. Fray Fernando Yáñez



Valdés Leal. La Inmaculada Valdés Leal. L'Immaculée
Valdés Leal. The Immaculate Conception



Murillo. La Inmaculada Murillo. L'Immaculée
Murillo. The Immaculate Conception

Murillo. La Piedad

Murillo. Pieta

Murillo. Vierge de Pitié



Murillo. La Virgen y el Niño Murillo. La Vierge et l'Enfant
Murillo. Virgin and Child



MURILLO.
LA VIRGEN Y EL NIÑO

MURILLO.
LA VIERGE ET L'ENFANT

MURILLO. VIRGIN AN CHILD



Murillo. La Anunciación Murillo. L'Annonciation
Murillo. The Annunciation



Murillo. San Pedro Nolasco y la Virgen

Murillo. Saint-Pierre Nolasque et la Vierge

Murillo. St. Peter Nolasco and the Virgin



Murillo. San Pedro Nolasco y la Virgen (Detalle)

Murillo. Saint-Pierre Nolasque et la Vierge (détail)

Murillo. St. Peter Nolasco and the Virgin (detail)



Murillo.
San Agustín y la Santísima Trinidad

Murillo.
Saint-Augustin et la Très Sainte Trinité

Murillo. St. Augustin and the Holy Trinity



Murillo. *Murillo.*
La Adoración de los Pastores. L'Adoration des Pasteurs
Murillo. The Adoration of the Shepherds



Murillo.
Santo Tomás de Villanueva
repartiendo limosnas

Murillo.
Saint-Thomas de Villeneuve
distribuant des aumônes

Murillo. St. Thomas of Villanueva distributing alms



Murillo. Murillo.
San Antonio y el Niño. Saint-Antoine et l'Enfant-Jésus
Murillo. St. Anthony and the Child



Murillo.
San Félix de Cantalicio

Murillo.
Saint-Félix de Cantalice

Murillo. St. Felix de Cantalicio



Murillo. San Félix de Cantalicio (detalle)

Murillo. Saint-Félix de Cantalice (détail)

Murillo. St. Felix de Cantalicio (detail)



MURILLO.
SAN FÉLIX DE CANTALICIO

MURILLO.
SAINT-FELIX DE CANTALICE

MURILLO. ST. FELIX DE CANTALICIO



MURILLO.
LA VIRGEN DE «LA SERVILLETA»

MURILLO.
LA VIERGE DE LA SERVIETTE

MURILLO. THE VIRGIN WITH THE NAPKIN



MURILLO. LA INMACULADA MURILLO. L'IMMACULÉE
MURILLO. THE IMMACULATE CONCEPTION



Murillo.
La Concepción «Grande»

Murillo.
La Grande Conception

Murillo. The Immaculate Conception («La Grande»)



Murillo. Jesús en la cruz abrazando a San Francisco

Murillo. Jésus en croix embrassant Saint-François

Murillo. Jesus on the cross embracing St. Francis



Murillo. Jesús en la cruz abrazando a San Francisco (detalle)

Murillo. Jésus en croix embrassant Saint-François (détail)

Murillo. Jesus on the cross embracing St. Francis (detail)



MURILLO.	MURILLO.
LA VIRGEN CON EL NIÑO Y SAN AGUSTÍN	LA VIERGE AVEC L'ENFANT ET SAINT-AUGUSTIN

THE VIRGIN WITH THE CHILD AND ST. AUGUSTIN



Murillo.
La Virgen con el Niño
y San Agustín (detalle)

Murillo.
La Vierge avec l'Enfant
et Saint-Augustin (détail)

Murillo. The Virgin with the Child and St. Augustin (detail)



MURILLO. MURILLO.
SAN ANTONIO Y EL NIÑO. SAINT-ANTOINE ET L'ENFANT-JÉSUS
MURILLO. ST. ANTHONY AND THE CHILD



Murillo. San Antonio y el Niño (detalle)

Murillo. Saint Antoine et l'Enfant-Jésus (détail)

Murillo. St. Anthony and the Child (detail)



Murillo. Santas Justa y Rufina. Murillo. Saintes Juste et Rufine
Murillo. St. Justa and St. Rufina



MURILLO. SANTAS JUSTA Y RUFINA. (DETALLE)

MURILLO. SAINTES JUSTE ET RUFINE (DÉTAIL)

MURILLO. ST. JUSTA AND ST. RUFINA (DETAIL)



Murillo. Murillo.
San José y el Niño. Saint-Joseph et l'Enfant Jésus
Murillo. St. Joseph and the Child



MURILLO.
SAN JUAN BAUTISTA

MURILLO.
SAINT-JEAN BAPTISTE

MURILLO. ST. JOHN THE BAPTIST



Murillo. La Concepción Murillo. La Conception
Murillo. The Conception



Murillo. San leandro y San Buenaventura

Murillo. Saint-Léandre et Saint-Bonaventure

Murillo. St. Leander and St. Buenaventura



Pedro Torrigiano. San Gerónimo   Torrigiano. Saint-Jerôme
Pietro Torrigiano. St. Jerome



Montañés. San Juan

Montañés. Saint-Jean

Montañés. St. John



Montañés. Santo Domingo Montañés. Saint-Dominique
Montañés. St. Dominic



Montañés. San Bruno

Montañés. Saint-Bruno

Montañes. St. Bruno



Montañés.
La Virgen de las Cuevas

Montañés.
La Vierge des Grottes

Montañés. The Virgin of the Cave

EL ARTE EN ESPAÑA

EDICIONES DE VULGARIZACIÓN

Propagar el conocimiento de los tesoros artísticos de nuestra patria, es lo que nos mueve a publicar esta Biblioteca de vulgarización del Arte nacional, que tiende, por lo económico de su precio, a que llegue a todas las manos. Es tanto lo que aún poseemos, y tan importante, que es de conveniencia que se sepa, por los que no lo tengan averiguado, que nuestro país es todo él un museo, rico, variado, generoso para cuantos a su estudio se dediquen. Para demostrarlo, y para que esta demostración llegue fàcilmente a todas partes, emprendemos la publicación de una serie de tomitos en los cuales se recojerá, con abundancia de reproducciones y breve texto, lo más saliente de antiguas construcciones; de los pintores y escultores que gozan de nombradía universal y de cuanto en los museos españoles dice el abolengo de industrias artísticas nacionales.

Obras publicadas:

1.—LA CATEDRAL DE BURGOS.
2.—GUADALAJARA-ALCALA DE HENARES.
3.—LA CASA DEL GRECO.
4.—REAL PALACIO DE MADRID.
5.—ALHAMBRA I.
6.—VELAZQUEZ EN EL MUSEO DEL PRADO.
7.—SEVILLA.
8.—ESCORIAL.
9.—MONASTERIO DE GUADALUPE.
10.—EL GRECO.
11.—ARANJUEZ.
12.—MONASTERIO DE POBLET.
13.—CIUDAD RODRIGO.
14.—GOYA EN EL MUSEO DEL PRADO.
15.—LA CATEDRAL DE LEON.
16.—PALENCIA.
17.—ALHAMBRA II.
18.—VALLADOLID.
19.—MUSEO DE PINTURAS DE SEVILLA.

Establecimiento editorial Thomas. Mallorca, 291. Barcelona

Reproducido,
grabado y estampado en los talleres
Thomas, de Barcelona







